

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO.
15 de diciembre de 2019

SAGRADAS ÓRDENES DE DIACONADO Y PRESBITERADO

Queridos hermanos:

Siempre que se celebra un sacramento de la Iglesia, Cristo está a nuestra disposición para encontrarnos con Él en un acto de fe increíblemente bello. Cuando se celebra el Sacramento del Orden Sacerdotal, como es el caso de hoy, los Diáconos y los Presbíteros que serán ordenados, sin duda, son visitados por Cristo; es más, son configurados con Cristo, el Hijo de Dios. Ellos están tal vez nerviosos, quizá emocionados y alegres, pero la alegría no es para ellos solos: es fiesta para la Iglesia de Toledo y para los Operarios del Reino de Cristo.

Lo es para vosotros, padres, hermanos, familia de los ordenandos. También para el Seminario Diocesano y sus formadores y para cuantos os ocupáis de la formación en la Confraternidad de los Operarios en Olías del Rey. Igualmente es alegría para las parroquias donde nacisteis o donde trabajáis pastoralmente los todavía Diáconos de Jesucristo. Felicidades.

Seréis ordenados en este domingo tercero de Adviento, cuya antífona de entrada recuerda aquellas palabras de san Pablo: "Estad siempre alegres en el Señor. Os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca" (Flp. 4, 4-5). Llamamos a este Domingo *Gaudete*. Todo el Adviento es una invitación a alegrarse, porque "el Señor viene", porque viene a salvarnos, llena nuestro corazón con su presencia. La alegría que siente nuestro corazón el día de la ordenación nunca debe desaparecer de nosotros, aunque vengan días duros, difíciles: nadie nos ama más que Cristo y su Iglesia. Somos amados para amar, no para guardar nuestra vida y nuestro tesoro para nosotros solos. Nada hay más contradictorio que un diácono o un presbítero egoísta, que solo piense en sí mismo.

Nos consuelan las palabras del profeta Isaías, dirigidas al pueblo judío desterrado en Babilonia después de la destrucción del Templo de Jerusalén, el cual había perdido la esperanza de volver a la ciudad santa en ruinas. La Liturgia del Adviento nos repite constantemente que debemos despertar del sueño de la rutina y de la mediocridad; debemos abandonar la tristeza y el desaliento. ¿Quién puede tener más razones para la alegría y el coraje de vivir según Dios? Es preciso que se alegre vuestro corazón, queridos ordenandos, porque "el Señor está cerca" y nos capacita para llevarlo a los demás, que no le conocen y no le conocen bien.

Santiago nos dice en la segunda lectura que es preciso esperar con paciencia, como el labrador, esperando lluvias tempranas y tardías. Hoy, con formas diversas, el mensaje salvífico de Cristo encuentra oposición y los cristianos y vosotros, los hoy elegidos para diáconos y presbíteros, tenéis que dar razón de vuestra esperanza, y testimoniar ante el mundo la verdad de Cristo, el único que salva y redime. Pero hace falta paciencia, oración y tenacidad, pues no es una senda fácil ser sacerdote. No penséis en triunfos mundanos. Hay que crecer en

el conocimiento y en el amor de Cristo, a quien todos acogeremos en la alegría de su nacimiento como Redentor del mundo, Salvador nuestro.

Queridos hermanos: hemos de vivir siempre en la tensión buena del compromiso de la comunidad de formar justamente una comunidad cristiana madura, que pueda tener suficiente fuerza como para evangelizar y afrontar tantos retos actuales. Por ello se necesita la gracia de Dios, porque "en vano se cansan los albañiles" sin la fuerza de Cristo. Pero hacen falta sacerdotes porque el Señor es re- presentado por la carne y la sangre de sus ministros. Hay, claro está, que proclamar y escuchar la Palabra de Dios, pero esa posibilidad no viene sin hombres y mujeres llenos del Señor, y presbíteros, diáconos y otros ministros que en un lugar concreto son el rostro de Cristo.

Hemos escuchado en el evangelio la pregunta de Juan Bautista que se encuentra en la cárcel; el Bautista, que había anunciado la venida del Juez que cambia el mundo, y ahora siente que el mundo sigue igual. Por eso, pide que pregunten a Jesús: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?". Justamente podemos decir que en los dos o tres últimos siglos muchos han preguntado: "¿Eres tú realmente o hay que cambiar el mundo de modo más radical? ¿Tú no lo haces?" Y han venido y vienen muchos profetas, ideólogos y dictadores que han dicho: "¡No es Él! ¡No ha cambiado el mundo! ¡Somos nosotros quienes lo cambiaremos!" Y han creado sus imperios, sus dictaduras, sus totalitarismos de todo tipo. Y lo han cambiado, pero de modo destructivo. Y todo ha quedado, en tantas ocasiones, en un gran vacío y una gran destrucción.

No eran ellos, pues, los que traían salvación al mundo. ¿Podéis traerla vosotros? No seré yo quien os desanime en vuestros impulsos apostólicos. Pero es preciso no estar nerviosos, queridos ordenandos. Debéis mirar a Cristo y preguntarle: "¿Eres tú?" El Señor, con el modo silencioso que le es propio, responde: "Mirad lo que he hecho. No he hecho una revolución cruenta, no he cambiado el mundo con la fuerza, sino que he encendido muchas luces que forman, a la vez, un gran camino de luz a lo largo de los milenios".

Debéis decirles a los hombres que la verdad, la bondad de Dios es lo que cambia el mundo. Esa es la respuesta de Jesús al Bautista. Ese es el signo de su presencia, que nos da certeza de que somos amados hasta el fondo, y que no somos un producto de la casualidad, sino de una voluntad de amor. "Dios está cerca". De esta certeza vosotros, queridos ordenando, debéis ser signo.

Nuestro espíritu, hermanos, debe abrirse a esta invitación; caminemos así con alegría al encuentro de la Navidad, imitando a la Virgen María, que esperó en la oración, con íntimo y gozoso temor, el nacimiento del Redentor. Amén.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España